

TOL 72257

EL DOCTOR RIVERA Y LA COMUNIDAD MOZARABE

JAIMÉ COLOMINA TORNER

Presidente del Instituto de E.V.M.

La importante contribución del Dr. Rivera Recio a la Historia de la Iglesia española y toledana, especialmente en la época medieval, es algo universalmente reconocido. Sus investigaciones y trabajos son cita obligada para el historiador.

Pero hay que añadir que una de las facetas mejor estudiadas por su talento de historiador es la mozárabe: ese fenómeno tan español y tan toledano.

De ahí que este volumen-homenaje a Rivera, deba contener una referencia, siquiera sea demasiado breve, a las relaciones entre él y la Mozarabía. Relaciones que se cifran no sólo en sus escritos, sino también en su activa participación en los trabajos del I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes, celebrado en 1975, y en su actual presencia en la Junta de Patronato del Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes, que ha sido el principal fruto de aquel Congreso.

I. EL FENOMENO MOZARABE.

La Mozarabía, como realidad insoslayable de nuestra historia eclesial y cívica, presenta varios aspectos: el propiamente histórico, el doctrinal o teológico, el litúrgico, el cultural, el jurídico y genealógico. En casi todos ellos ha brindado contribuciones importantes el Dr. Rivera.

1.- HISTORIA MOZARABE.

En el desenvolvimiento de la Comunidad Mozárabe creo poder distinguir tres grandes momentos o períodos: siglo VIII-siglo XII; siglo XII- siglo XVI; siglo XVI - siglo XX. El primer



período representa un fenómeno nacional, ubicado, sobre todo, en Al-Andalus, en la región levantina, en la "Cataluña vieja", y en el Noroeste de la Meseta norte. El segundo período constituye ya un hecho predominantemente toledano. Y en el tercero es algo exclusivamente toledano. En todos estos períodos la Mozarabía ha conocido momentos de profundo abatimiento y casi extinción, seguidos de otros de pujante despertar. Hay como un sino transcendente que mantiene viva a esta Comunidad, cuyo destino ha sido luchar siempre.

Cuando se visita Cluny, uno admira aquella poderosa Abadía que tanto significó en la Iglesia del s. XI, y tan negativa fue para la humilde comunidad mozárabe. Pero hoy, de aquel poder cluniacense sólo quedan algunas ruinas, que ni siquiera pertenecen a la Iglesia, mientras que las pobres familias mozárabes de entonces siguen vivas en una Comunidad, que conserva con orgullo su identidad histórica.

a) Los orígenes.

Años 672 - 711: Últimos lustros de la Monarquía visigoda, configurados por fuertes tensiones y guerras intestinas entre las dinastías de Wamba y Chindasvinto, que prepararon la destrucción del reino. Ervigio (680 - 687), que había destronado a Wamba, pensó unir ambas tendencias, casando a su propia hija con Egica, sobrino del destronado; pero cuando éste le sucede, rompe la paz interfamiliar, ensañándose con los familiares de Chindasvinto. Su hijo Witiza (702-710), asociado al trono por su padre, parece que dió muerte al padre de D. Pelayo, y torturó al príncipe Teofrasto, padre de D. Rodrigo, ambos familiares de Chindasvinto.

D. Rodrigo, duque de la Bética, se subleva y se hace con el reino. Unos y otros han perseguido sañudamente a la comunidad judía, existente en España desde las postrimerías del s. I. En su desesperación, buscan éstos ayuda de sus correligionarios del Norte de Africa, y contactan con los pueblos beréberes, semicristianos y semislamizados ya por entonces. A partir del 710 les ayudan también los witizanos destronados.

Aparece un personaje, Olián, el conde D. Julián de nuestro romancero. Y, en consecuencia, cruzan el Estrecho 12.000 beréberes, al mando de Tárik b. Ziyad, medio cristiano, medio musulmán, que llega en nombre de Musa, walí de Kairwan.

D. Rodrigo, que combatía a los vascos en el norte, acude rápidamente y se enfrenta con los invasores en el Guadalete. Le traicionan los witizanos y es derrotado y muerto el 19 de julio de este año 711.

Años 711 - 756: Lo que parecía una simple *razzia* berberisca en apoyo de los witizanos, se convierte en conquista formal. Huyen hacia el Norte gran número de hispanogodos; pero la inmensa mayoría del pueblo, ajena a las fratricidas luchas de la nobleza goda, quedan en sus casas, sin oponer resistencia a los invasores. Estos, superficialmente islamizados, llegan con escaso sentido proselitista, respetuosos hacia las comunidades judía y cristiana, y con exigencias tributarias no más gravosas que las de la Monarquía goda.

Al año siguiente, desembarca el mismo walí Musa, con unos 15.000 hombres, de raza siria y árabe en su mayor parte. Emprende una conquista formal, encontrando ya cierta resistencia de unas gentes, que comprenden tarde la tragedia.

Llamado a Damasco, su hijo Abd al-Aziz, a quien dejó como jefe de los territorios conquistados, prosiguió la misma política, a la vez enérgica y prudente que adoptaran su padre y Tárik hacia los sometidos. Asesinado Abd al-Aziz en Sevilla el 716, llega el primer gobernador con nombramiento ya califal, a quien sucederían otros, cuya incompetencia favorecería la anarquía de Al-Andalus con continuas luchas civiles - *fitna* - entre las familias árabes rivales yamaníes y, aysíes, entre árabes y beréberes, y muy pronto entre sirios -*samiyun* - y árabes - *baladyun*.

Entretanto, muchos de los autóctonos renegaban de su fe cristiana y se convertían al Islam, quizá para eludir los impuestos: el personal ó *yizia*, y la contribución territorial o *jaray*. Fueron llamados *musalima*, y sus descendientes *muwalladum*, lo que se latinizaría "*muladíes*". Con ello evitaban también ser tenidos como ciudadanos de segunda, como *dimna* (protegidos) y *ayami* (extraños). Con estas continuas conversiones al Islam y los matrimonios de los invasores - que no llegaron ni a cien mil en todo el s. VIII - con mujeres hispánicas, creció rápidamente la población musulmana de Al-Andalus.

Los *ahl ad-dimna*, que se mantuvieron fieles a su religión eran judíos (sefardíes, de Sefarad = España) y cristianos o *nasara*

(nazarenos), que más tarde serían llamados mozárabes, de *mustarib*), y también *agemíes* (de *ayami*).

La mayoría de los autóctonos (muladíes, mozárabes y judíos) se mantuvieron al margen de estas guerras intestinas entre los invasores, como lo estuvieron años antes en las de la nobleza goda.

Años 756 - 796: Con Abd ar-Rahman I los Umaiya se hacen con el poder en Córdoba e inician el Amirato independiente de Damasco. Abd ar-Rahman *ad-Dajil* ("el que llega") (756-788), y su hijo Hisam (788-796) revelan grandes dotes militares y políticas, y emprenden la construcción de Al-Andalus como verdadera nación, apoyados en un fuerte ejército mercenario y en una firme islamización de sus súbditos, a base de la doctrina y moral malikita. Pero no supieron sintonizar con la mentalidad de los hispanos (musulmanes, cristianos o judíos) y ello ocasionó que el primer grupo, y a veces también los otros dos, se sumaran a las frecuentes rebeliones contra Córdoba de los árabes enemigos de los banu Umaiya y de los beréberes descontentos, revueltas más o menos alentadas por los dos Imperios de la época: el cristiano de Carlomagno, y el musulmán de al-Mansur, el fastuoso califa fundador de Bagdad, que mantenían amistosas relaciones. Una de las ciudades que más se distinguió en esta resistencia a Córdoba - a veces con sus gobernadores musulmanes al frente - fue Toledo, poblada por muladíes, mozárabes y judíos casi exclusivamente. Empezaba a nacer un espíritu nacionalista de independencia frente a los árabes y beréberes.

Siglo IX: En la primera mitad de este siglo, bajo los Amires Al Hakam y Abd ar-Rahman II, se agudiza la revuelta de los muladíes contra el Amirato, sobre todo en las Marcas fronterizas. Aparte de la actitud siempre fluctuante de los banu, Qasi, en la marca de Zaragoza, otros muladíes protagonizaron estas luchas en las marcas de Toledo y Mérida-Badajoz. En Toledo, el fogoso poeta Ibn Garbib, muerto quizá con otros 5.000 toledanos en la "jornada del foso" (807), y Hasin *ad Darrab* (el herrero). Aunque hostigados desde la plaza fuerte de *Qalat Rabab* (Calatrava), y a veces desde Talavera, llevaron con frecuencia los toledanos sus avanzadillas hasta los arrabales de Córdoba. Los beréberes y muladíes de Mérida estarán también revueltos en estos años; pero será en la segunda mitad

del siglo cuando protagonizarán la gran rebeldía bajo el liderazgo del genial muladí Ibn Marwan, el Gallego.

Entretanto, la mentalidad de los hispanos, de cualquier credo, estaba siendo ganada por un nuevo clima cultural, en parte importado de Oriente y en parte autóctono: lengua, vestidos, modas, arte, música. Cultura más refinada y superior a la de los nacientes Reinos cristianos del norte; pero que, por eso mismo, hacía peligrar la integridad doctrinal y moral de las comunidades mozárabes. Esta amenaza comenzó a ser realidad con la confusión doctrinal introducida en la Iglesia mozárabe de Al'Andalus ya en la segunda mitad del siglo precedente: Migecio y sus secuaces, que llegaron a engañar al mismo obispo Egilan, enviado por el Papa Adriano I para ser el sostén de la ortodoxia. Elipando de Toledo le combatió enérgicamente, pero ofuscado a su vez por el nuevo ambiente cultural, y los ecos sabelianos que trasmitía desde el Oriente, se convirtió, con Félix de Urgel, en el fautor de la heregía adopcionista. La enérgica reacción de la Iglesia hispana -Beato, Eterio . . ., carolingia y romana, ahogó pronto esta "haeresis toletana". Pero el desconcierto y la confusión no desapareció.

En 839, Wistremiro de Toledo y otros siete arzobispos y obispos tenían que condenar en el Concilio de Córdoba ciertas desviaciones heréticas y morales, entre ellas -curiosamente- el dar la comunión en la mano a hombres y mujeres. En la correspondencia entre Alvaro Cordobés y el abad "Spera in Deo" se alude a otros errores, que renuevan el arrianismo. Por este tiempo el diácono alemán Bodo apostata y se hace judío, cambiando su nombre por Eleázaro, casándose con una judía, "magna cupiditate devictus", según el autor de los *Anales Bertinianos*. Vuelto a Córdoba, se convierte en un lobo rapaz para sus hermanos mozárabes, azuzando a las autoridades musulmanas contra ellos.

Pero aún fue peor el comportamiento de algunos pérfidos obispos, como Samuel y su sobrino Hostégesis, obispo de Málaga. Compró simoníacamente el obispado a los 20 años; su rapacidad, crueldad, crápula y ambición fueron desmedidas, acabando al fin en la apostasía y persiguiendo a los mozárabes, con la ayuda del conde Servando, también mozárabe al servicio del Amirato.

En este ambiente de confusión ideológica, traición y cobardías de ciertos estamentos eclesiales, Dios iba a suscitar en esta segunda mitad de siglo a los heroicos mártires de la fe en Córdoba y otras ciudades, y a los heroicos combatientes mozárabes de Toledo, Mérida y Andalucía oriental, que lucharon solos o unidos a sus hermanos de sangre muladíes.

Ya el 825 habían sido degollados en Córdoba los hermanos Adulfo y Juan. Pero fue en las postrimerías del reinado de Abd ar-Rahman II, y, sobre todo, en el de su hijo, el cruel Muhammad, cuando estalló la persecución. Del 850 al 864 se cuentan mas de 50 mozárabes martirizados. Alentados por S. Eulogio (decapitado a su vez en 859), por su amigo, de origen judío, Alvaro Cordobés, por Saulo, obispo de Córdoba, "Spera in Deo", y otros monjes, y con la oposición más o menos velada de una jerarquía complaciente con el poder del Amirato, hombres y mujeres y hasta niños, monjes y monjas iban a proclamar su fe cristiana y a maldecir de Mahoma hasta en las mezquitas y palacios. Actitud que era una protesta por la creciente opresión y marginación que venían sufriendo. La represión, sobre todo, en los años 851-53, fue dura y sangrienta. Pero el Amirato, temiendo una epidemia de martirios voluntarios, que empezaba a hacer mella en la tibia fe musulmana de los renegados muladíes, instó a la Jerarquía católica para que condenase ese comportamiento, convocando el 852 un concilio de obispos, presididos por el arzobispo sevillano Reccafredo, de genio contemporizador con las autoridades. El pronunciamiento del Concilio fue ambiguo, tratando de satisfacer al Amirato sin condenar claramente a los mártires.

Por los mismos años, en la díscola Toledo, los mozárabes, acaudillados por jefes populares, como Suintila, toman la iniciativa de la rebelión, nunca del todo acallada. Luchan, no con el martirio sino con las armas, pero en nombre de la misma Fe, para salvar la identidad nacional. Es la lucha más prolongada contra Córdoba; duró casi 80 años, hasta que ese gran califa Abd ar-Rahman III, de pura sangre española, acabó con la rebelión en 932.

Otro gran español, el muladí Ibn Marwan traía en jaque a los Amires desde Mérida en esta segunda mitad de siglo. Pero el peligro más grave para Córdoba lo representaba "el señor de Bobastro", Umar ben Hafsún, de raza hispánica, que por su

genio militar y político ha sido considerado el Cid Campeador del s. IX. Supo sumar a su causa el odio racial de los españoles muladíes, que se veían marginados por sus correligionarios árabes y beréberes, y la enemiga no sólo racial sino religiosa de los españoles mozárabes que, además de marginados, estaban siendo perseguidos por los últimos Amires. Y, desde el 880 hasta el 917, con golpes audaces dignos del romancero, unas veces derrotado y muchas vencedor, puso en aprieto desde su fortaleza de Bobastro al Amir Muhammad, a sus dos hijos al-Mundir y abd-Allah y al mismo Abd ar-Rahman III, que no le venció a él, muerto en 917, sino a sus hijos que continuaron la lucha, ya en desventaja, hasta el 928.

Ibn Hafsún, descendiente de mozárabes -su abuelo fue el primero que renegó, y su padre volvió a la fe cristiana antes de morir -quiso morir, asimismo, cristiano en el seno de la comunidad mozárabe, convirtiéndose también su familia y no pocos de los muladíes que le seguían.

Siglo X: El 912 sube al trono de Córdoba el más grande de los Amires españoles, hijo probablemente de una esclava navarra, y nieto de Abd Allah: Abd ar-Rahman III, que se llamaría *an Nasir* ("el combatiente"). Con la tenacidad y astucia omeya y el valor y realismo vasconavarro - según Ribera, sólo tenía un 0,30% de sangre árabe - se propuso poner en orden su reino de Al-Andalus.

Sopesó los peligros que amenazaban el Amirato; en el exterior, el más grave procedía de Africa, del califa herético de Ifriqiya; y en el interior, Ibn Hafsun, que seguía intentando alianzas con los africanos. Los Reinos cristianos del Norte estaban demasiado divididos y enzarzados en contiendas fratricidas; el Imperio carolingio se había desmembrado y quedaba demasiado lejos. Los otros dos grandes focos rebeldes interiores - Toledo y Badajoz - irían cayendo faltos de ayuda cristiana.

Así pues, apenas entronizado inició una guerra implacable contra Umar b. Hafsún y sus hijos, hasta que muerto el caudillo, pudo tomar y arrasar Bobastro en 928. A la vez comenzó a trabajar diplomáticamente la Mauritania, apoderándose de Melilla el 926, a la que fortificó, de Ceuta el 931 y de Tánger el 950. Así, con la ayuda de los amigos de Mauritania, pudo llegar hasta Orán, poniendo en jaque a los fatimíes de Ifriqiya. Pero, en una tremenda contraofensiva de éstos perdió toda

la Mauritania, menos las tres plazas dichas.

Al mismo tiempo que aniquilaba la rebeldía de Ibn Hafsún y sometía a varios señores feudales musulmanes de Al-Andalus, iniciaba una sabia política de ordenamiento administrativo y económico. Desconfiando de los árabes, comenzó a encumbrar a los indígenas (muladíes, mozárabes y judíos), marginados por sus abuelos. Esto provocaba el escándalo de los musulmanes africanos y orientales, y de los fanáticos *fukaha* maliquitas, a los que tuvo a raya. Con la activa colaboración de españoles judíos, mozárabes y muladíes, llevó a Córdoba a su máximo esplendor material y cultural, granjeándose la admiración de los Reinos cristianos de la Península y Europa, sumidos casi en la barbarie, y el respeto del califato de Bagdad.

Esta favorable situación le empujó a proclamarse Califa - la máxima jerarquía del Islam - en 929, poco antes de la definitiva conquista de Badajoz y el Algarve, donde se defendían aún los nietos de Ibn Marwan, el Gallego, y tres años antes de la toma de Toledo. Su sabia política de gobierno desarmó a muladíes y mozárabes en sus seculares reivindicaciones. Y, aunque en los primeros 19 años, ocasionó algunas víctimas mozárabes, como el joven Pelayo (925) y la virgen Argentea (931) hija de su gran adversario Ibn Hafsún, se debió a motivos circunstanciales y no a una actitud anticristiana. Si aplicó con dureza su justicia, ya en su mismo hijo, y pasando por las armas a los mozárabes defensores de varias fortalezas (Juviles, Belda, Tolox), se mantuvo respetuoso con su fe, al tiempo que les brindaba cargos de gran responsabilidad en la Administración y en las gestiones diplomáticas, cultivando incluso su amistad con algunos de ellos, como el sabio obispo Recemundo, que tantos servicios prestó al Califato.

Su gusto artístico se hizo patente en el embellecimiento de su gran palacio de Madinat az-Zahra, junto a Córdoba. Pero, desconfiando siempre de los árabes, al final de su vida se apoyó, aparte de los españoles, en los *saqaliba*, - esclavos y libertos procedentes de los reinos cristianos peninsulares o europeos, singularmente eslavos - que formaron su guardia personal, y fueron acrecentando su influencia en la milicia. Inevitablemente creció también su orgullo haciéndose odiosos no sólo a los elementos beréberes y árabes, sino a no pocos españoles. Uno de ellos, el gran general Galib, tuvo en jaque a los musulmanes

africanos y a los cristianos peninsulares durante el reinado de Abd ar-Rahman III y el de su hijo al - Hakam.

Al - Hakam comenzó a reinar el 961, a la muerte de su padre. Sin descuidar las armas, en Africa y en la Península, potenció al máximo la cultura convirtiendo a Córdoba en *dar al - ulum* ("casa de las ciencias"). Los españoles (muladíes, mozárabes y judíos) colaboraron activamente a la grandeza de esta nueva patria - Al - Andalus - de régimen islámico, pero que había logrado el arte de la convivencia religiosa y mutuo respeto. El valer personal más que el propio credo influía ya en el desempeño de los cargos de responsabilidad. Todo esto hizo posible también que este segundo Califa emprendiera la construcción de la Mezquita de Córdoba, la más bella del Islam.

Ya mayor, su esposa favorita, la rubia e intrigante vasca Aurora, que adoptó al renegar el nombre de Subh, le dio el hijo que le sucedería, Hisam (965). Desgraciadamente, murió al - Hakam (976), cuando el heredero era todavía un niño. En los siguientes meses se sucedieron las intrigas palaciegas entre los que deseaban nombrar sucesor a un hermano del califa, y los que, apoyados por la reina madre, querían entronizar al niño. La intriga sangrienta acabó con el asesinato del hermano del califa y el nombramiento del nuevo califa de unos once años de edad. En todo esto tuvo que ver un árabe astuto, fríamente calculador y ambicioso, que, partiendo casi de la nada y gozando de los favores de la princesa vasca, iba eliminando a los mayores adversarios e instalándose en los altos puestos de la gobernación. Su nombre, Ibn Abí Amir.

Casó con una hija del prestigioso Galib y se ganó la simpatía del ejército. Poco a poco fue arrinconando al joven y débil Califa y a su madre, la cual tardíamente reaccionó, tratando de frenarle. Era demasiado tarde. Aquel hombre inteligente y tenaz adoptaría el título regio *Al Mansur* ("el victorioso"). Y el "rey Almanzor" de nuestros Cronicones será, hasta el 1002 en que muere, el terror de los reinos peninsulares, explicitado gráficamente por el Burgense; "era .MXL; mortuus est Almanzor et sepultus est in inferno".

A pesar de las grandes victorias bélicas -más bien razzias de castigo para mantener su prestigio en Córdoba, que acciones de conquista- la dictadura amirí anunciaba el final del Califato. No obstante la guerra contra los reinos cristianos, Almanzor

siguió favoreciendo a los cristianos interiores -mozárabes-, los cuales, culturalmente, se sentían más identificados con sus conciudadanos de Al - Andalus que con sus correligionarios del Norte. Por eso en los ejércitos victoriosos de Galib, el europeo y de Almanzor, el árabe, lucharon los cristianos mozárabes junto a sus conciudadanos muladíes, más aún que bereberes y árabes.

Pero esta Iglesia mozárabe del s. X, respetada y hasta influyente ya en el *diwan* cordobés, cuyos hombres estaban impregnados de cultura árabe, se mantuvo libre de toda contaminación coránica en la fe y en la moral.

Siglo XI: El primer cuarto de este siglo conoce la caída de la dictadura amirí, con la muerte en 1008 de Abd al-Malik, hijo de Almanzor, y la descomposición del Califato bajo el califa títere Hisam. A partir de 1030 se consolida la desmembración definitiva del Reino, apareciendo las "taifas" de base racial: en la Andalucía oriental predominan los beréberes, en la costa levantina los "eslavos", y en la Andalucía occidental y en las grandes ciudades la aristocracia árabe. Por supuesto, los naturales muladíes se habían ido mezclando con estas etnias, mientras que los judíos, conservando su identidad, sintonizaban más con los berberiscos, y los mozárabes, nuevamente perseguidos, emigraban hacia Toledo, Zaragoza y las zonas levantinas, por sentirse más cerca de los eslavos o europeos. Pero no se repitieron las grandes migraciones de los siglos precedentes a los reinos cristianos: quizá por sentirse incómodos en un clima cultural inferior y maltratados por hermanos que los miraban con recelo. La comunidad mozárabe de Narbona y Barcelona había tenido que sufrir la tiranía de los francos, y la de Córdoba había constatado primero el fanatismo religioso de los emisarios ultrapiresnaicos, y más tarde los desmanes de la soldadesca castellana y catalana, llegada a Córdoba en apoyo de uno u otro reyzeuelo.

Pasados los primeros años de horror y devastación, Al-Andalus se configuró en varios Reinos taifas, que si no podían rivalizar ya en poderío militar con el Califato, sí lo hicieron en esplendor artístico y cultural. Se distinguió la Taifa sevillana de al Mutadid y su hijo al Mutamid (1042-1091) y la toledana de los ben-Di-l-nun, y, sobre todo, de al-Mamún. En las taifas, resurgió más o menos la fructuosa convivencia de mozárabes y judíos con los musulmanes. Singularmente en la de

Zaragoza.

Pero a finales de este siglo y durante el siguiente se eclipsó la posibilidad de toda convivencia pacífica e incluso la idea -acariciada últimamente por el Cid- de una gran nación hispana, en pluralidad de razas y religiones. Se abatió sobre la Península el espíritu de cruzada importado del exterior; por parte musulmana, la "guerra santa" protagonizada por esa especie de Ordenes Militares islámicas, que fueron los Almorávides, y por los Almohades que les siguieron, y por parte cristiana, la instigación a la guerra total, a la Cruzada, que nos fue inspirado desde Roma. Dos ejemplos de este nuevo "espíritu": "No se concede pacto entre nosotros ni a la religión de los cristianos ni a la de los judíos, desde que se alzó el poder masmudí-Almohade- y no hay entre los musulmanes del Magrib sinagoga ni iglesia alguna"(texto recogido del Marrakusi, por Munk).

"No es contrario a la fe católica exterminar y perseguir a los sarracenos, pues, a ejemplo de lo que se lee en el libro de los Macabeos, los cristianos no pretenden adueñarse de tierras ajenas, sino de la herencia de sus padres, que fue injustamente poseída por los enemigos de la cruz de Cristo durante algún tiempo" (de una carta del papa Celestino III al arzobispo de Toledo).

b) Conservación de la identidad mozárabe.

A lo largo de este siglo XI se ha logrado ya una fusión casi total entre los muladíes españoles y los árabes, beréberes, sirios y eslavos de religión musulmana, llegados de fuera. Pero algo semejante cabe decir de los mozárabes confundidos con sus hermanos de raza y religión de los reinos cristianos, a medida que se iban incorporando. Los únicos que mantenían su etnia eran los judíos sefarditas.

Sin embargo, los mozárabes de Toledo y su alfoz constituyen una excepción: una serie de circunstancias históricas y rituales han posibilitado mantener su identidad hasta hoy.

Por eso en este segundo período, que ya contemplamos, la Mozarabía comienza a ser una realidad predominantemente toledana.

Desde 1065 el espíritu cluniacense venía impulsando a Roma a la abolición del ancestral Rito hispano, en el marco de la gran

reforma de toda la Iglesia. Los reinos catalanes y aragoneses, más influidos por la europa carolingia, comenzaron a adaptarse a estas presiones. Antes de 1080 la Iglesia catalana, donde estaba viva la influencia de la antigua Marca Hispánica, había adoptado el Rito romano. En marzo de 1071, o antes, se introduciría en Aragón por San Juan de la Peña. Castilla se resistía aún. Pero el rey Alfonso, presionado desde Roma (regía ya la Iglesia el enérgico cluniacense Gregorio VII) y por compromisos políticos y familiares tuvo que doblegarse, y también los obispos de su reino. El Concilio de Burgos en la primavera del 1080, bajo la presidencia del legado pontificio Ricardo, "confirmavit romanum mysterium in omni regno Adefonsi regis"; lo cual sería ratificado el 8 de mayo por el mismo Rey.

Los mozárabes toledanos debieron conocer con tristeza e indignación esta implícita condena de una liturgia que había alimentado la fe de casi 60 mártires y de millones de cristianos en su difícil convivencia con el infiel. Máxime cuando las históricas o míticas ordalías parecían favorecer al Rito mozárabe.

El 25 de mayo de 1085, Alfonso VI entra en la inexpugnable e importantísima Ciudad de Toledo, como soberano, aunque desde la muerte de su amigo, el taifa al-Mamún, venía siendo un poco árbitro de este Reino musulmán. A pesar de las desconfianzas, los numerosos mozárabes de la Ciudad, le prepararon el camino.

Con la conquista de la vieja capital visigoda, emigran multitud de musulmanes, quedando los mozárabes - pronto acrecidos por nuevas inmigraciones que llegan huyendo de los intransigentes Almorávides - y los judíos, que empezaban a sentirse más cómodos ya con los cristianos. Pero unas nuevas etnias complicaron el mapa demográfico: los castellanos arribados con el rey, y los francos (borgoñones, italianos, europeos).

La llegada de Alfonso VI transformó el clima cultural de la Ciudad y sus estructuras administrativas, de fondo islámico, por nuevas corrientes europeizadoras. La importante comunidad mozárabe tuvo que sufrir, inevitablemente, ante el radical cambio de vida. Pero no parece tener fundamento la idea de algunos historiadores sobre una marginación despectiva de estos cristianos profundamente arabizados por parte de sus correligionarios conquistadores de la ciudad; aunque no faltarían

roces y choques aislados. Incluso, por su bilingüismo, los mozárabes y judíos toledanos resultarían un instrumento utilísimo en la gran empresa traductora de la filosofía y ciencia oriental, que muy pronto acometerían D. Raimundo, Pedro el Venerable, Gundisalvo, Juan Hispano y tantos otros.

Sin embargo, hubo al menos dos serios motivos de fricción: por una parte, la intolerancia religiosa, sobre todo, de los francos, contra las familias musulmanas, con frecuencia amigas y hasta consanguíneas de otras mozárabes; los toledanos aprendieron el fenómeno de la intolerancia desde fuera; la musulmana, de los almorávides y la cristiana, de los ultrapirenaicos cruzados, pero aún fue peor la lucha de la misma Iglesia y Monarquía contra su venerable rito. El arzobispo D. Bernardo y el clero llegado a Toledo con el rey tuvieron prisa en imponer la liturgia romano-galicana, en la catedral de Santa María (la gran mezquita) y en las nuevas iglesias, viejas mezquitas, sin duda, muchas de ellas, indudablemente, en el monasterio mozárabe de San Servando y en la principal iglesia de la comunidad, Santa María del Alficén, (ambos desaparecidos hoy).

La resistencia mozárabe tuvo que ser tenaz, por lo que (muerto ya en 1085 el férreo Gregorio VII), fue posible la conservación de ese rito al menos en seis Parroquias, que aún sobreviven en la actualidad (cuatro materialmente y todas jurídicamente).

Hay hechos que denotan el aprecio de los conquistadores cristianos hacia sus hermanos de Fe, mozárabes: el privilegio otorgado en marzo de 1001 por el Rey a los mozárabes "que siempre amé y quise en esta ciudad y a los que traje para poblarla de otras tierras", y la presencia de clérigos mozárabes entre el clero catedralicio y como curas de algunas nuevas parroquias latinas, a lo largo del siglo XII. Y otros que sugieren el afán de mantener la propia identidad - sin incurrir por ello en el espíritu de ghetto - : la revuelta de la clerecía mozárabe a mediados de siglo, que obligó al arzobispo don Juan a recurrir al papa Eugenio III, y la pervivencia de nombres y lengua árabe a lo largo de los siglos XII y XIII, como consta de los documentos publicados por G. Palencia. Es decir, la misma comunidad, que a lo largo de los siglos VIII y IX se aferraba al latín de sus mayores para defender su fe e identidad hispánica frente al ambiente islamizante, se atrinchera ahora en la lengua árabe, recibida de sus abuelos, y en el Fuero Juzgo y otros usos

para mantener no la fe, sino sus características propias frente al nuevo clima cultural.

Pero se trataba de una empresa sin posibilidad de éxito; el tiempo militaba en su contra. La vieja mozarabía hispánica había quedado reducida a un conjunto de familias de Toledo y de algunas villas y alquerías de su alfoz y cora, agrupadas en torno a su ancestral rito y a las seis parroquias personales que lo celebraban. Comunidad que iba menguando día a día, fuera de Toledo por las terribles algaras de Almorávides y Almohades que asolaban el antiguo Reino, diezmando a los moradores mozárabes; y en Toledo por los continuos matrimonios mixtos con otros católicos del rito romano. La pobreza de estas parroquias, la destrucción de los manuscritos litúrgicos y poco a poco el progresivo desconocimiento del texto gótico iban dejando sin contenido la tradición mozárabe. En 1436 el testamento del obispo de Segovia Juan Vázquez de Cepeda alude a la gran pobreza de estas parroquias mozárabes, "que ya non an clérigos que celebren el dicho oficio, et es ya uenido en obliuio et oluidanca".

No pasarán muchos lustros y el cardenal Cisneros emprenderá una restauración a fondo de la Mozarabía toledana y su rito tradicional.

c) Los mozárabes de Toledo.

Resumimos brevemente la historia de este tercer período: s. XVI - s. XX.

Dos prelados toledanos, Carrillo de Acuña y Mendoza, habían tomado decisiones en la segunda mitad del s. XV para salvar de su total extinción la comunidad mozárabe y su rito. Pero será Cisneros quien, apenas posesionado de la Sede toledana en 1495, se preocupa de esta comunidad y emprende a fondo la restauración de su Liturgia. Confía al canónigo Ortiz, culto y buen liturgista, auxiliado por los curas mozárabes A. Ruiz, A. Martínez de Yepes y J. Gutiérrez, la empresa. Trabajaron intensamente los cuatro, utilizando los muchos manuscritos (algunos no han llegado a nosotros), conservados en las seis parroquias históricas, y que eran usados en la celebración de la Eucaristía, Sacramentos y el rezo de las Horas.. No se puede negar a su trabajo un cierto sentido crítico, atendida la época. Se propusieron sacar a la luz, en la recién nacida imprenta, un *Missale mixtum* plenario y un

Breviarium, conteniendo el material litúrgico antes disperso por multitud de libros parciales (unos 13). El *Missale* estaba terminado en el verano de 1499, y fue impreso en enero de 1500. El *Breviarium* saldría en 1502.

Una vez logrados tales instrumentos imprescindibles para la celebración de esta Liturgia, crea, bajo el patrocinio del Cabildo primado, la Capilla mozárabe del Corpus Chirsti (1502), dotándola de los medios necesarios y de unas constituciones.

Esta Capilla nace en íntima conexión con las parroquias mozárabes, aunque en este largo período la desconexión haya sido frecuente.

A finales del s. XVIII, bajo el mecenazgo del cardenal Lorenzana, se reeditó el *Breviarium* y el *Missale mixtum* de Cisneros (1775 y 1804), que por su rareza habían llegado a ser presa codiciada de bibliófilos (como lo son hoy los editaños por Lorenzana), hasta el punto de que el mismo Papa Inocencio X (1654-55) "hizo muchas instancias para obtener un juego del misal y breviario mozárabes" (Quintanilla, *Archetypo de virtudes*, 116). Estos son los libros todavía usados por la Capilla y las parroquias mozárabes en la celebración de la liturgia hispánica.

La Capilla, en sus 478 años de existencia, y en su culto diario, con pocas y obligadas interrupciones (1811-1812; 1840-1849; 1936-1940) ha cumplido el papel histórico de mantener viva la tradición y el rito mozárabe, que nunca ha sido liturgia muerta, arrinconada en archivos, para los eruditos. Ha pasado momentos de mayor esplendor y de notable decaimiento, ocasionado casi siempre por la pobreza de medios.

Algo parecido cabe decir de las seis parroquias históricas, reagrupadas hoy en las dos matrices (Santa Justa y Rufina y Santa Eulalia) y en las cuatro filiales (S. Lucas, S. Sebastián, S. Marcos y S. Torcuato). En virtud de la Bula de Julio III (9-3-1553), quedaba restringida la transmisión de la calidad mozárabe en las nupcias entre mozárabes y latinos; la mujer latina seguía la parroquialidad mozárabe de su marido; pero el varón latino seguía la parroquialidad mozárabe de su esposa, sólo cuando ésta era hija primogénita. La aplicación estricta de esta disposición dejó de estar justificada cuando desaparecieron los diezmos que la motivaron por haberse reducido drásticamente la feligresía.

Pero, a partir de 1940, se observa un auge progresivo de la

Comunidad, y un creciente interés, a nivel científico y popular, por su liturgia. Además de su modesta celebración diaria en Toledo, ha conocido, en los últimos 40 años, solemnes celebraciones en la catedral y parroquias de la Ciudad y en otras ciudades españolas, una retransmitida por Eurovisión (6-6-1965). La más significativa es la que tuvo lugar en el Aula Conciliar, ante el Episcopado de todo el orbe católico, el 12 de octubre de 1963.

En 1956 don Balbino Gómez-Chacón y el autor de este trabajo fueron nombrados Capellanes Párrocos de Santas Justa y Santa Eulalia y San Marcos, respectivamente, prosiguiendo la labor restauradora de la feligresía, ya iniciada por sus antecesores, don Luis Casañas y el Dr. Granados, que sería obispo de Palencia, ya fallecido.

Auxiliados eficazmente en su labor por un grupo de estusias-mos mozárabes, pudo lograrse la creación en junio de 1966 de la Hermandad de Caballeros y Damas Mozárabes, en la que renacía una antiquísima archicofradía toledana vinculada con uno de los templos mozárabes, y la multiseccular tradición hidalga de esta Comunidad. Con el mismo entusiasmo se preparó el I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes, que se desarrolló con toda brillantez en el otoño de 1975. Fruto principal del Congreso ha sido la erección del Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes, realizada por el cardenal González Martín el 9 de junio de 1977 (del cual es miembro fundador el Dr. Rivera), y que en poco más de tres años ha realizado las siguientes actividades: Una Semana de Divulgación Mozárabe (1978), un Simposio sobre Transición Cultural del Bajo Imperio a la Epoca Visigoda, ss. IV-V (1979), una Semana Cultural Mozárabe (1980); y ha publicado los siguientes volúmenes:

Liturgia y Música Mozárabe (1977), Historia Mozárabe (1978), Arte y Cultura Mozárabes (1979), La Capilla Mozárabe y del Corpus Christi (1980), La Reconquista de Toledo por Alfonso VI (1980). Y dos obras del liturgista Dr. Janini: la edición crítica del *Liber misticus* de Cuaresma (cod. 35,2 Toledo: Bib. Nac. 10.110) (1979) y *Liber misticus* de Cuaresma y Pascua (cod. 35,5 Toledo) (1980).

Además se ha confeccionado el Censo actual de las familias mozárabes, residentes en Toledo y fuera de la ciudad (aproximadamente un millar); Este Censo ha sido posible, gracias a la tradición y haberse conservado en todos los Libros canónicos de las

Parroquias así como las "tazmías" o censos que se hacían periódicamente desde el s. XVI. Lo cual fue motivado, entre otras causas, por los continuos pleitos (en el Libro Becerro del Cabildo de Curas y Beneficiados mozárabes se enumeran: ¡73! sólo entre 1600 y 1724) mantenidos por la Capilla y Parroquias mozárabes contra obispos, monasterios y parroquias latinas, por cuestión de los diezmos. Por el conjunto de estas circunstancias rituales, eclesiales e histórico-familiares ha sido posible en nuestros días reconstituir esta gloriosa Comunidad, quizá la más representativa de nuestras raíces hispánicas y católicas.

2.- ASPECTOS CULTUALES Y CULTURALES

Me limito simplemente a indicarlos. La vieja Liturgia hispánica, que fue gestándose a lo largo de los siglos VI-VII, y ha sido llamada justamente *mozárabe*, más que por los pocos elementos añadidos en la época mozárabe (ss. VIII-XI), por haber nutrido la Fe de esta ancestral Comunidad, que la ha conservado hasta hoy, es una bella conjunción de influjos romanos, bizantinos, coptos y galicanos con las creaciones del genio hispánico. Comprende textos eucológicos anónimos y textos producidos por los grandes Padres de la Iglesia española: Leandro e Isidoro de Sevilla, Ildefonso y Julián de Toledo, Conancio de Palencia, Braulio de Zaragoza, Pedro de Lérida, Quirze de Barcelona. Cuando se escuchan sus majestuosas oraciones, sus *inlathio* densos de teología popular, se comprende la exclamación de Alfonso XIII, al asistir en 1929 a esta Misa: "¡Esto es España!".

Muy unido a la liturgia está el enigma de la "música mozárabe", aún no descifrado, a pesar de los esfuerzos de Anglés, Wagner, Prado, y a pesar de conservarse perfectamente su notación en magníficos códices, como el Antifonario de León. El I.E.V-M viene apoyando los trabajos de jóvenes investigadores con la esperanza de que un día no lejano la Música hispana se vea enriquecida con este tesoro, hoy oculto, y que iluminaría muchos arcanos de la antigua música oriental.

La literatura mozárabe - s. VIII-XI -, de la que tenemos hoy una buena edición de conjunto, a cargo de J. Gil: *Corpus scriptorum muzarabiorum*, I y II, y que viene siendo estudiada por eruditos españoles y extranjeros, revela la persistencia del influjo a lo largo de los siglos VIII y IX - menos en el X-XI - de las viejas escuelas monásticas y episcopales. En la *Crónica mozár-*

rabe del 754 se recuerda a Evancio y Urbano de Toledo. Poco después, Elipando suscitará una amplia literatura polémica. Cixila compondrá el himno de San Tirso. Por esta época aparece la legendaria *Vida* de San Ildefonso. Abunda el género epistolar. Y en la época de los mártires cordobeses tendremos la extensa producción literaria de Speraindeo, Eulogio y Alvaro. Esta literatura iría desapareciendo a medida que crecía la arabización y surgía en las comunidades hispánicas (mozárabes, judíos y muladíes) la lengua romance, *mozárabe* o *aljami*, como expresión popular y cultural.

Conocida es también la aportación cultural de nuevos elementos arquitectónicos, tan bien estudiados por Gómez Moreno en las iglesias mozárabes de los siglos IX y X. En las artes menores son insuperables las miniaturas de los Beatos y de códices como el Vigilano y el Emilianense, que parecen arrancar del monje Magio en el 926. Así como el ajuar litúrgico: cruces, cálices, preseas, arquetas . . .

Sin olvidar tampoco la importante contribución a la historia del Derecho, conservando y transmitiendo las viejas Leyes visigodas.

Por todo esto la actual y reducida comunidad mozárabe es depositaria de un glorioso pasado, de una meritísima contribución a la historia de España y de la Iglesia, mereciendo, como no podía ser menos, el interés creciente de los eruditos. Uno de los más significativos - como se evidencia por esta simple enumeración de sus trabajos - ha sido Juan Francisco Rivera.

II.- PRINCIPALES ESTUDIOS MOZARABES DEL DR. RIVERA. Sobre Liturgia.

"La controversia adopcionista del s.VIII y la ortodoxia de la Liturgia mozárabe" (*Ephem. li.*, 1933).

"Gregorio VII y la Liturgia mozárabe" (RET, 2,1942).

"El Liber Comicus de Toledo (EB, 1948),

"Valoración litúrgica y sacrificial de la *Missa fidelium* mozárabe" (V Cong. Euc. Nac. de Zaragoza).

"El *Homiliarium gothicum* de la Biblioteca Capitular de Toledo, homiliario romano del s. IX/X" (HS, 4, 1951).

"Más fórmulas y profesiones de fe hispanovisigóticas" (Misc.

Com., 1960).

“Los Concilios de Toledo del s. VII y la antigua Liturgia hispana” (Pub.Mus.Conc. 1972).

Fué además fundador, con el Dr. Aliseda, a principios de la década de los 40, de la revista especializada LITURGIA, que ha dedicado también su atención a la mozárabe.

Están también sus contribuciones al Diccionario de Historia Eclesiástica de España.

Sobre doctrina.

“La maternidad divina de María en una controversia cristológica española de fines del s. VIII” (Imp. Mar. de Lérida, 1933).

“Concepto de la adopción de Cristo hombre y sus argumentos” (Rev. Ec. 1935).

“Elipando de Toledo. Nueva aportación a los estudios mozárabes” (Toledo, 1940).

“Doctrina trinitaria en el ambiente heterodoxo del primer siglo mozárabe” (RET, 1944).

“San Julián, arzobispo de Toledo. Epoca y personalidad” (s. VII) (Barcelona, 1944).

“A propósito de una carta de Alcuino, recientemente encontrada” (RET).

“Elipand de Toléde”, Dictionaire d’Histoire el Geographie eclesiastique”.

Sobre historia y arte.

“La Catedral de Toledo, museo de historia” (BRABACH, 1950).

“La conquista y pobladores del antiguo Reino de Toledo” (Anales toledanos). I.

“Patrimonio y señorío de Santa María de Toledo, desde 1086 hasta 1208” (Anales toledanos).

“Encumbramiento de la sede toledana durante la dominación visigótica” (HS. 8, 1955).

“¿Cisma episcopal en la Iglesia toledano visigoda?” (HS.1, 1948) Ambos trabajos afectan sólo indirectamente al tema

mozárabe.

“Los mártires cordobeses del s. IX” (Boletín de la R.A.C.B.L. y N. A. de Córdoba, 1960).

“El arzobispo de Toledo Don Bernardo de Cluny” (Roma, 1962).

“La Iglesia de Toledo en el s. XII” I (Roma 1966).

“Los arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media, ss. XII-XII-XV” (Toledo 1969).

“La Iglesia de Toledo en el s. XII” II (Toledo 1969)

“Los arzobispos de Toledo desde sus orígenes hasta fines del s. XI” (Toledo, 1972).

“Formas de convivencia y heterodoxias en el primer siglo mozárabe”, en Historia Mozárabe (IEV-M, 1978).

“El adopcionismo en España, s. VIII” (Toledo 1980).

Y además sus trabajos en Año Cristiano, I y IV; en “SS. Patrum Toletanorum opera” y multitud de recensiones críticas.